

Una palabra sobre la situacion.

Las sociedades viven por sus principios, religiosos ó filosóficos.

Antes de 1789 la Francia era cristiana: su monarquía era de derecho divino, su constitucion económica estaba fundada sobre el feudalismo. Cristiana, monárquica y feudal, la nacion francesa podía creerse organizada, tanto en su pensamiento como en su gobierno. Tenía principios, doctrina, tradicion, moral, derecho: de nada carecia. Con ayuda de estos principios, llegó, en el reinado de Luis XIV, al más alto grado de poder y de

gloria. Ninguna nacion le disputaba la supremacia: hija mayor de la Iglesia, Francia estaba á la cabeza de cien millones de católicos.

La Revolucion del 89 cambió esta posición, mas no la debilitó. De cristiana, monárquica y feudal que hasta entónces habia sido, se hizo filosófica, republicana, niveladora. Entónces tambien, y aún más que ántes, pudo jactarse de tener principios, derechos y costumbres. Su tradicion, confundida hasta entónces con su religion, cambió de rumbo; fué ya en adelante la tradicion de la razon libre, más antigua que el feudalismo católico, más imprescriptible que el derecho divino. Hubo un momento en que por esta brusca trasformacion, Francia se pudo creer aislada en medio de los pueblos. Mas se habia hecho iniciadora; hubo pronto de ver que su verbo habia sido recibido en todas partes. Abriase ante ella un porvenir inmenso; sólo habia que esperar á que la filosofia madurase los ánimos.

El torbellino revolucionario duró diez años.

En 1799 asomó un pensamiento de conciliación y se apoderó del gobierno. Los espíritus se hallaban divididos; el país deseaba reposo. Creyóse posible, mediante mutuas concesiones, armonizar las conquistas del 89 con la antigua tradición religiosa y monárquica; y este fué todo el pensamiento de la restauración consular. Con la mejor buena fe del mundo, Francia se hizo á un mismo tiempo, cristiana y filosófica, monárquica y democrática, propietaria y niveladora. ¿Estaba este eclecticismo fundado en razón, como, durante más de medio siglo, pareció estarlo de hecho? Tenemos derecho para no creerlo. La acogida hecha en 1814 á los Borbones, portadores de la Carta, la revolución de 1830, la de 1848, han probado que ese sistema de conciliación no era más que una obra de circunstancias, y que á medida que la nación se impregnaba de las nuevas ideas, la Revolución adquiría una preponderancia cada vez más decisiva. Como quiera que sea, no se puede negar que la Francia ecléctica y liberal, lo mismo que la del 89 y

la del 93, lo mismo que la Francia feudal, tuvo principios é ideas, de que fué expresión fiel su política dentro y fuera del Reino. ¡Principios! En su carácter moderador parecía acumular los pensamientos de dos sistemas opuestos: algo, preciso es confesarlo, había allí de seductor para muchas inteligencias. Así el poder de Francia tuvo, desde el año 99, un desenvolvimiento extraordinario: Europa seguía, arrastrada más bien que vencida, y nadie sabe lo que habría sucedido, si el genio del emperador y de los gobiernos que le sucedieron hubiese estado al nivel de las aspiraciones generales.

Este sistema, que á no dudarlo había tenido después del período revolucionario su razón de ser, ¿estaba ya gastado cuando á fines de 1851 se apoderó del gobierno Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República?

Cerca estamos de creerlo; esto es, en nuestra opinión, lo que explica el buen éxito del golpe de Estado. El 2 de Diciembre y el régimen que de él ha nacido y aún hoy con-

tinúa no son el acto de un hombre, ni un incidente de la historia; son una situación. Empezaba á dominar entónces en el país una generacion impura, nacida en parte de la Restauracion, que no comprendió nunca del liberalismo más que la licencia; de la filosofía del siglo XVIII, más que la impiedad; de la Revolucion, más que la disolucion; del eclecticismo, más que el excepticismo; del sistema parlamentario, más que la intriga; de la elocuencia, más que la palabrería; una generacion codiciosa, grosera como la gleba de que habia salido, sin dignidad, sin honra. Esta generacion sigue todavía dominando. Ella es la que ha inaugurado, al abrigo de una restauracion imperial, el reinado de la impudente medianía, de la farsa oficial, de la pillería descarada. Ella es la que deshonra y envenena á la Francia...

Sea lo que quiera de las causas que trajeron tan bruscamente el fin del justo medio, republicano y monárquico, es indudable, por una parte, que el temor de caer en un

extremo de revolucion ó de contrarevolucion hizo aceptar á las masas el golpe de Estado, y por otra que despues de la fecha fatal de 2 de Diciembre, Francia, un tiempo católica, monárquica y feudal, despues filosófica y democrática, por fin, ecléctica, conciliadora y moderada, omito el epíteto mal sonante de doctrinaria, no tiene ya ni principios, ni espíritu público, ni tradicion, ni ideas, ni aún costumbres.

La Francia del 2 de Diciembre no sigue ni el Evangelio, ni la Declaracion de los derechos del hombre; no es, ni una monarquía de derecho divino, ni una democracia segun la Revolucion, ni un gobierno de las clases medias, con equilibrio de poderes, como el de la Carta de 1814 y el de la de 1830. La arbitrariedad pura, una arbitrariedad de capricho, de que no es posible hallar ejemplo ni en la tradicion nacional, ni en el primer imperio, que á pesar de su carácter militar tenía aún principios, ni en la dictadura del 93, que indudablemente tenía tambien los suyos, ni en la monarquía de Luis XIV, de

la que tampoco podia decirse que careciese de ellos; una arbitrariedad, en fin, como Maquiavelo no la habria imaginado, porque si Maquiavelo no retrocede ante el despotismo, le pone al ménos al servicio de una idea: tal es el gobierno y el estado de la Francia del 2 de Diciembre.

Se gritará, así lo espero, que esto es una calumnia: se citará la Constitucion de 1852, tomada de la de 1804; la *Idea napoleónica*, que sirvió de programa al príncipe Luis; la multitud de declaraciones, de mensajes, de decretos, de circulares, de profesiones de fe, de folletos, etc., que no cesa de dar á luz el gobierno del Imperio. ¿Por qué no citar además las memorias de las sociedades anónimas y sus anuncios? ¡Oh! Si las palabras fuesen una garantía de los principios, pocos gobiernos habria tan fundados en principios como el imperio de los últimos ocho años. Pero se trata de los hechos, de los actos, por los cuales revela un gobierno su creencia y manifiesta su pensamiento: y sobre este punto, y sin que yo quiera de ningun modo lle-

var mi crítica hasta las personas, me atrevo á decir, que el gobierno de Napoleon III, por su desgracia y la nuestra, carece de principios, ó que si los tiene, todavía no los ha revelado. Las pruebas me sobran: desde el 2 de Diciembre, no pasa día que no tenga que registrar alguna. Citemos la última, que es tambien la más grave.

El justo medio, que fué establecido por el primer cónsul y tuvo su apogeo en el reinado de Luis Felipe, habia comprendido que la existencia del catolicismo está indisolublemente ligada con la del papado, y que el papado mismo, desde la derogacion del pacto de Carlo-Magno, no tiene más prestigio que el que le da su soberanía temporal. Bajo los Césares, y más tarde bajo los Ostrogodos, los Lombardos, los Francos y los Alemanes, el Papa podia prescindir del título y del poder de soberano: la religion hacía de él el Vicario de Dios en la tierra. Carlo-Magno consagró este vicariato, no separando los dos poderes del modo que hoy se entiende, sino oponiéndolos y enlazándolos conforme á un

sistema que abarcaba todo el mundo. Las donaciones de territorio que acompañaron esta constitucion imperial y papal, no fueron, como las tres coronas que ornan la tiara, más que una joya, una insignia, una especie de glorificacion del pontificado. No fué esto lo que constituyó el poder de los Gregorios VII, de los Urbanos II, de los Inocencios III, de los Bonifacios VIII.—Despues que el papado, que abofeteó Felipe el Hermoso, se hubo trasladado á Avignon, habiéndose el Estado, en todo apartado de la Iglesia y roto el antiguo pacto, el papado se sostuvo, y el catolicismo quedó en pié, gracias á la soberanía temporal que los papas se crearon, parte con las tierras de la donacion, parte con sus armas. Mas se vió pronto cuán impotente era esta soberanía para conservar la unidad católica. Estalló por de pronto el gran cisma provocado por la traslacion de la silla pontificia; y luégo la Reforma, que arrebató á la Santa Sede la mitad de la cristiandad. Desde entónces, la autoridad del soberano Pontífice áun sobre los mismos católicos, ha ido siempre dismi-

nuyendo: son buena prueba de ello la aspereza de Luis XIV para con los papas, el Concordato de 1802, y el cautiverio de Savona. Destruid el poder temporal de los papas, y el catolicismo degenera en protestantismo, la religion de Cristo queda reducida á polvo. Los que dicen que el papa no será nunca más respetado que cuando se cuide exclusivamente de las cosas del cielo, son, ó políticos de mala fe, que procuran ocultar bajo la devocion de las palabras la atrocidad del hecho, ó católicos inocentones, que no comprenden que en este mundo lo temporal y lo espiritual, como el alma y el cuerpo, son solidarios.

Ahora, bien, en presencia de este papado que se tambalea, ¿cuál fué la conducta del justo medio francés?

El principio del justo medio fué conciliar la religion y la filosofia, la monarquía y la democracia, la Iglesia y la Revolucion. Se hubiera guardado, por lo tanto, de poner sus manos en el papado; no se habria atrevido á asumir la responsabilidad de esta gran

ruina, primero porque no se sentia en disposicion de suplir, con su enseñanza, las ideas religiosas; luégo porque creia, con razon, pasada ya la hora del protestantismo, no veia en Francia fe suficiente para consumir una reforma, y se habria avergonzado de someter la conciencia del país, así á la hipocresía anglicana como al teologismo germánico; y finalmente porque, en esta grave incertidumbre, no podia ni renunciar, respecto de Francia, á ejercer una legítima influencia sobre ciento treinta millones de católicos esparcidos en la superficie del globo, ni favorecer la formacion de un estado italiano, que por su contigüidad no habria podido ménos de disminuir proporcionalmente la preponderancia francesa. No se reduce todo á inmolar, en el altar de la filosofía, el antiguo papado; es menester que lo temporal no reciba daño de la decapitacion de lo espiritual.

El gobierno de Napoleon III no ha tenido ninguno de estos escrúpulos. ¿Será esto el indicio de un cambio de política, el anuncio

de que el Emperador vuelve á los principios revolucionarios? Despues de haber colmado al clero de favores, restablecido las comunidades religiosas, llamado de nuevo á los jesuitas, devuelto á la Iglesia su alta influencia en la enseñanza, dado, en todas ocasiones, hasta pruebas de su piedad; despues de haber disputado al Austria, por espacio de diez años, del modo que Luis Felipe, el protectorado de la Santa Sede; de repente, so pretesto de que los sucesos, provocados por él mismo, son más fuertes que él, y de que *su lógica es inexorable*, manifiesta al soberano Pontífice que su reinado no es ya de este siglo, y por consecuencia que resigne en manos seglares el gobierno de sus Estados, y se digne aceptar de las naciones católicas, en compensacion de su poder temporal, una renta.

Por mi parte, aplaudo la crucifixion de la Iglesia, pero con una condicion, y es la de que el jefe de la nueva Francia nos diga qué espiritual va á sustituir al espiritual católico; si se propone, á ejemplo de los reyes de In-

glaterra y de los czares de Rusia, unir el imperio y el pontificado, ó si vuelve pura y simplemente á la Revolucion.

¡Ah! mucho temo que Napoleon III no sospeche siquiera que puedan dirigirse semejantes preguntas. Expresion de su época, llevado al poder por un *imbroglio*, ha dado constantemente pruebas, como todos los suyos, de su horror á las ideas: no cree más que en la materia y en la fuerza. No quiere la Revolucion: lo ha probado con sus leyes de orden público en 1851 y 1852; no ha cesado luego de proclamarlo en todos sus actos, tanto oficiales como anónimos y seudónimos; y acaba de repetirlo en su carta al Papa de 31 de Diciembre de 1859. No quiere tampoco el justo medio *bourgeois*: ha roto con él por su golpe de Estado, y se guardará muy bien de exponerse á su crítica. Napoleon III no quiere, ni puede querer, es culpa de su situacion mucho más que de su voluntad, ningun principio, ninguna garantía, ninguna libertad. Si sacrifica al Papa, él mismo lo dice, es porque le dominan los acontecimien-

tos; porque no tiene lo que necesitaria para dominarlos, principios, ideas, una creencia, una ley. Mas al mismo tiempo que declara caido al Padre Santo, é intercepta las órdenes de los obispos, y amenaza á los jesuitas, y acribilla á advertencias los periódicos católicos, priva de la palabra á la democracia, y hace que sus tribunales condenen á los filósofos por *ultraje á la moral pública y religiosa*.

Así, pues, la Francia, tal como, no diré la ha hecho, pero sí la ha presentado el gobierno del 2 de Diciembre, no es ni cristiana, ni revolucionaria, ni del justo medio, ni nada por decirlo en una sola palabra.

El vulgo no habia por de pronto reparado en este carácter de la política imperial, es decir, en que no tiene principios y camina á ciegas. Segun la costumbre francesa de referirlo todo al monarca, decíase de Napoleon III: ¡fortuna como la de este hombre! todo le sale á pedir de boca. Alababan algunos su espíritu de conciliacion: y él decia de sí mismo que era el fin de los antiguos partidos. La Iglesia saludaba en él un nuevo

Constantino, mientras la plebe le aclamaba, como habia hecho con su tío, el heraldo de la Revolucion. Mas ahora todo está descubierto: el gobierno imperial es un gobierno sin principios, y el emperador no puede ya con su cuerpo; en cuanto á sus supuestos triunfos, dejemos pasar algun tiempo más, y, continuando las cosas como hoy, no se verá en ellos más que calamidades.

No, repito, no: ni principios, ni verdaderos triunfos. Sostener lo contrario, sería conceder á un hombre el poder que los filósofos niegan á Dios, el de crear algo de la nada.

¿Para qué ha servido la expedicion á Crimea? Se habia hecho alarde de levantar el imperio otomano: firmada la paz, se le abandona como un cadáver. — Decíase que se quería detener las usurpaciones de la Rusia: la Rusia acaba de conquistar el Cáucaso, no ménos importante, lo dira el tiempo, que Constantinopla. La Rusia posee la Armenia; sus colonos se extienden por la costa meridional del Mar Negro hasta frente por frente del palacio de los sultanes. Y Francia no tiene un mal

apeadero en el Asia Menor. — ¿Será la alianza inglesa ó el equilibrio europeo, lo que se haya ganado con la toma de Sebastopol? Aun no estaban enterrados los muertos de Malakoff, cuando ya Napoleon III, fastidiado de los ingleses, firmaba la paz con el czar, y preparaba una alianza mucho más amenazadora para las libertades del mundo que el protectorado de Rusia sobre Oriente. En este momento, es verdad, hay enfriamiento de la alianza rusa y ardor por la alianza inglesa. La Inglaterra protestante aplaude la derrota del catolicismo; razona bajo su punto de vista exactamente como el justo medio francés. Herir al pontificado, no estando allí la Revolucion, es romper el haz católico, es debilitar la Francia. Proclama Inglaterra al autor del folleto *El Papa y el Congreso* tan gran teólogo y hombre de Estado como Jacobo I y Enrique VIII, y acaso se digne firmar con él un tratado de comercio. ¿Cuánto durará esto? Lo que duran las alianzas formadas sin principios: por eso Inglaterra no confía en ellas.

Órgano de una sociedad sin ideas, el imperio se agita, quema pólvora, mete ruido; su gloria nada engendra. No ha podido ó sabido preservar de su disolucion al imperio otomano; no ha puesto barreras á las invasiones de Rusia; no se ha atrevido á avanzar hasta el Adriático, y ha dejado á los austriacos en la Península; no ha tenido ni el valor de cumplir sus promesas de Villafranca; deja ahora caer al Papa, á quien queria hacer presidente federal de Italia, y al que hace diez años sostenia.

Supongamos que despues de la anexion de los ducados y de las Romanías al Piamonte, venga, con ayuda de la diplomacia británica y del partido de la unidad, la de Venecia y Nápoles: ¿la impedirá Napoleon III? Comprometido como está por sus propias palabras, comprometido con los ingleses por su hipócrita alianza, no podria impedirlo aunque quisiese. No se atreveria á sostener que el voto de las poblaciones es sagrado cuando se trata de la soberanía del Santo Padre, y que no sucede lo mismo respecto de la ane-

xion de los países insurrectos á los Estados sardos. Resulta así que el único fruto de la campaña de Italia habrá sido servir de instrumento á la política de los señores Cavour, Garibaldi, Mazzini y Orsini; habernos suscitado un vecino poderoso, que no puede querernos, ni nunca nos ha querido; y consumir el bloqueo de la Francia. ¿Podemos, dicen los políticos del 2 de Diciembre, impedir á Italia que realice su unidad? ¿Tenemos el derecho de hacerlo? ¿No tiene por principio la misma Revolucion respetar las nacionalidades? Haced entónces, les responderé, la Revolucion: adheríos á ella, á su Derecho, á sus máximas; y, superiores al mundo por el poder de vuestro principio, nada tendreis que temer del engrandecimiento de vuestros vecinos. *No quiero una Prusia en el Mediodía*, decia el general Cavaignac. Tenía mil veces razon, puesto que era ecléctico.—El 2 de Diciembre ha renunciado á esa política: y por poco que hicieran los italianos, tendríamos á nuestras puertas un imperio de 26 millones de hombres. ¿Estaríamos por